13.06.94

EL POR QUÉ DE TODO ESTO.

JORDI SOLE TURA

Es lógico que en un momento de conmoción colectiva tan profundo ,con escandalosos casos de corrupción en el meollo mismo de dos instituciones como el Banco de España y la Guardia Civil,se nos exija que demos la cara.Ni el Partido Socialista ni nadie está totalmente a cubierto de eventualidades como éstas pero nosotros somos la principal fuerza de gobierno y tenemos que dar la cara más que nadie, o sea decir lo que sabemos,explicar por qué no sabemos lo que deberíamos saber y, en definitiva, dejar bien evidentes nuestros logros, nuestros límites, nuestras certidumbres, nuestros interrogantes,nuestros legítimos orgullos y nuestros pesares. Esto es , a mi entender, dar la cara.

Pero dar la cara significa también plantar cara, es decir,no situarse sistemáticamente a la defensiva, no ceder ante cualquier provocación, no plegarse a los chantajes y no callar cuando se pueda y se deba hablar. En definitiva, todos sabemos cuáles son los intereses que se están moviendo en forma de acosos y presiones y no tenemos porqué estar a remolque de ellos.

Dicho esto, dar la cara significa contestar las preguntas que tanta gente se hace . Y la primera de todas es cómo es posible que hayan ocurrido estos casos de corrupción y que nos hayan cogido desprevenidos. ¿Faltaban instrumentos legales,por ejemplo ? Es posible,pero la verdad es que desde el punto de vista legal las medidas ya tomadas son importantes y no hay muchos países que tengan tantos controles legales como nosotros sobre las actividades y los patrimonios de los cargos políticos.Pero es evidente que, como se ha demostrado , estos controles pueden ser burlados y por consiguiente hay que reforzarlos. Esto es lo que se ha intentado hacer en las últimas semanas con cierta contundencia.

Pero ésta es una parte de la cuestión y las ciudadanas y los ciudadanos se hacen otras preguntas.Por ejemplo, se preguntan si ha habido pasividad o falta de reflejos por parte del gobierno y del Partido Socialista. Yo creo que la respuesta es que sí, que nos han faltado reflejos, pero esto no significa ni connivencia, ni impulso, ni aceptación de lo que ha ocurrido. Y digo que la respuesta es que sí por algunas razones profundas que raramente se tienen en consideración

Una de estas razones es lo que yo llamaría el sindrome de interinidad del socialismo en España.Me refiero con ello a la sensación ,muy extendida entre los dirigentes del partido y del gobierno, de estar ocupando interinamente un espacio que la derecha ha considerado siempre suyo, como su espacio exclusivo e intocable. Que la derecha española pensaba y piensa esto es evidente .Pero en el interior del PSOE esto condujo a una concepción muy defensiva porque se entendía que la derecha jamás aceptaría ni perdonaría la victoria socialista y dado que tardaría tiempo en recuperar el poder por la via democrática iba a hacer todo lo posible por derrotar al PSOE por otras vías, entre ellas el acoso personal y las acusaciones generalizadas de corrupción. A los pocos meses de la toma de posesión del primer gobierno socialista de la historia de España ya se empezó a hablar del llamado "escándalo Flick" y aquello confirmó todos los temores. Por eso cuando se denunció el caso de Juan Guerra la primera reacción fué la de cerrar filas,porque se pensó que ya

iban directamente a por la cabeza del gobierno y del partido. Lo que ha venido después confirma que, en efecto, ésta es la línea de ataque principal de la derecha, pero el Partido Socialista,demasiado encerrado en su síndrome de interinidad, quizá no ha tenido todos los reflejos necesarios para reaccionar con rapidez y contundencia cuando las acusaciones han empezado a resultar verdaderas.

Más todavía. Cuando el PSOE se convirtió en 1982 en el primer partido de izquierda que gobernaba en solitario en toda la historia de España heredó casi intacto el aparato político-administrativo del régimen anterior.Cierto que la Constitución, la puesta en marcha de los primeros Estatutos de Autonomía y algunas de la principales reformas realizadas por los gobiernos de la U.C.D. empezaban a definir un nuevo marco, pero lo esencial provenía del pasado.

Pese a ello,el objetivo político del PSOE fué claro desde el primer momento: recuperar el enorme retraso de nuestro país en muchas cosas fundamentales y prepararlo para enfrentarse con los retos del futuro inmediato -- especialmente con los de la integración europea -- .Esto quería decir crear lo más rápidamente posible un Estado del Bienestar equiparable al que ya tenían los países de nuestro entorno, desarrollar un amplio programa de modernización de nuestras infraestructuras, sanear nuestra economía en crisis y atraer un ahorro extranjero que compensase la escasez de nuestro ahorro interior.El resultado está a la vista: han sido años de crecimiento económico acelerado y de grandes cambios sociales, en los que se han movido ingentes masas monetarias y en las que el Partido Socialista -- al igual que otros partidos,pero con mucha mayor dimensión -- ha tenido que tomar muchas decisiones que significaban grandes inversiones y grandes desplazamientos de capital.Todo ello -- insisto -- con un aparato político-administrativo heredado del pasado,con una sociedad civil casi deshecha y,en todo caso,poco articulada,en la que quedaban grandes rescoldos de la vieja cultura política del clientelismo y de la influencia personal,y con un personal político al frente de todo ello nuevo y, en su inmensa mayoría,carente de experiencia.

A toro pasado es fácil decir que quizá se tenía que haber empezado reformando de arriba a abajo este aparato pero los plazos eran cortos y perentorios y aunque se emprendieron reformas importantes el acento principal se puso en otras soluciones,como la de poner al frente del aparato a personas comprometidas con el proyecto polìtico global .Es decir,se intentó superar las insuficencias o la rigidez extrema de los mecanismos administrativos con el voluntarismo y la confianza personal, lo cual era una apuesta por la fidelidad al ideal y al compromiso político.Pero también era un riesgo en aquellas zonas del aparato estatal en las que mayores espacios de penumbra se podían producir y donde mayor era también la continuidad de las estructuras y hasta de las personas.

Esto es especialmente importante,porque el único mecanismo de acción con que ha contado el Partido Socialista para cambiar el país ha sido,precisamente,este aparato de Estado, un aparato que no sólo era difícil de manejar en las nuevas circunstancias sino que ha ido perdiendo fuerza operativa con el desarrollo de las autonomías,en el plano interno, y con la

atribución creciente de competencias a la Unión Europea,en el externo. De hecho, este aparato del Estado se ha ido convirtiendo cada vez más en un poder entre muchos otros, nacionales e internacionales, públicos y privados,entre ellos,naturalmente, muchos medios de comunicación.

Creo que éstas son algunas de las raíces de lo que ha venido después, con su grandeza y sus errores y, desde luego, de los errores que ahora se pagan.El voluntarismo quizá permitió superar las rigideces de un control administrativo anticuado,pero con voluntarismo sólo no se puede funcionar tanto tiempo. Además,el voluntarismo y la confianza personal dejan demasiados huecos cuando están en juego tantos cambios económicos y dejan demasiados espacios libres para que el que decide traicionar la confianza lo pueda hacer amparándose en ella,como se ha visto de manera tan dramática en el caso Roldán.

Por eso creo que lo ocurrido estos días es realmente un cambio fundamental.El PSOE no sólo ha emprendido seriamente una lucha a fondo contra la corrupción,no sólo ha tomado medidas legales contundentes,sino que debe salir definitivamente de su síndrome de interinidad y enfrentarse con voluntad clara,y aunque lo haga con cierto desorden,al gran desafío del momento:pasar del voluntarismo y de la relación de confianza al control reglado y a la justificación constante de la propia confianza con mecanismos más objetivos. De la capacidad de todos nosotros de afrontar esta nueva fase dependerán muchas cosas y,entre ellas, un determinado futuro de nuestro país.

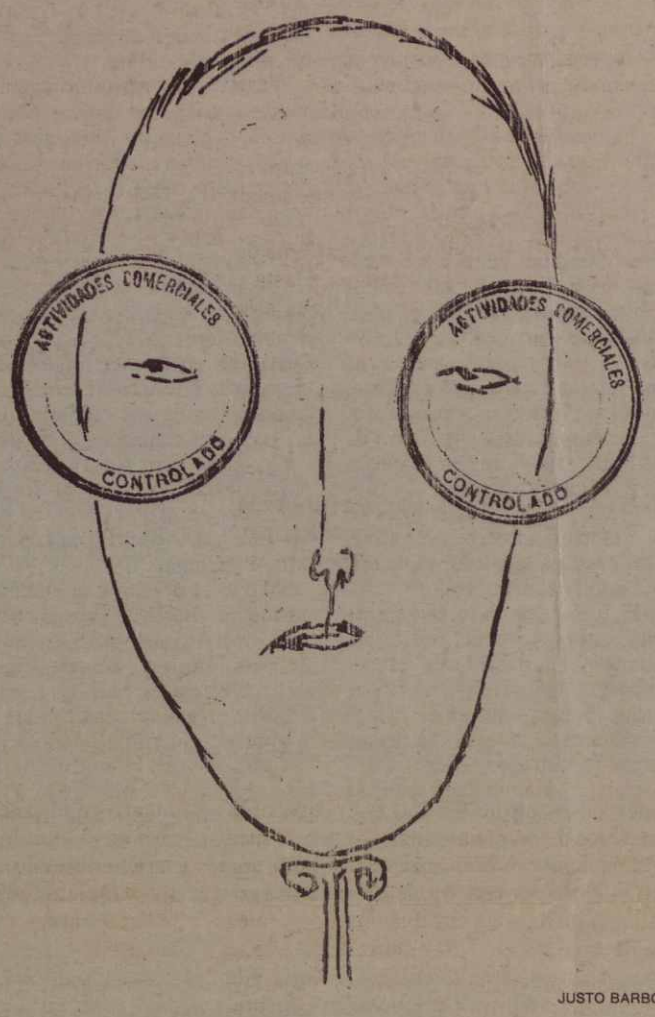
Esta voluntad es especialmente importante porque es cierto que en momentos de crisis es necesario asegurar la mayor estabilidad política posible y hoy la estabilidad está amenazada sin que exista ninguna alternativa que asegure más estabilidad. Este es un tema muy serio,porque cuando el P.P. e Izquierda Unida repiten una y otra vez que la única solución es que dimita Felipe González tenemos que llegar a la conclusión de que lo que les interesa no es dar más estabilidad al país o consolidar los signos evidentes de recuperación económica sino quitarse de delante al único obstáculo que les cierra a los unos -- el PP -- el camino del poder y a los otros -- IU --la posible y problemática ampliación de su espacio político. Su actitud es legítima, pero podemos y debemos decir que lo que les interesa no es poner en primer plano la lucha contra la corrupción sino el uso de la corrupción como arma política, que lo que desean no es conseguir mayor estabilidad y acortar la crisis sino lo contrario, porque con ello aumenta su capacidad de presión y se debilita más al adversario, es decir, al gobierno y al Partido Socialista con la vista puesta en las próximas elecciones. Estos son los términos de la batalla política en curso.

Algunos puntos débiles del pasado, hasta ahora no percibidos y ni siquiera sospechados , han aflorado en forma de escándalos. Pero ni estos pueden invalidar lo hecho ni pueden ser utilizados impunemente por los adversarios para robar lo que, al cabo, es el único capital de la inmensa mayoría de los militantes : su dedicación sincera a una gran tarea colectiva,sus aciertos y hasta sus errores. Por eso hay que seguir dando la cara.

Le Pair.
Junich el 13. 5. 94
Fax 91. 327 0821

JORDI SOLÉ TURA

El porqué de todo esto



JUSTO BARBOZA

Es lógico que en un momento de conmoción colectiva tan profundo, con escandalosos casos de corrupción en el meollo mismo de dos instituciones como el Banco de España y la Guardia Civil, se nos exija que demos la cara. Ni el partido socialista ni nadie está totalmente a cubierto de eventualidades como éstas, pero nosotros somos la principal fuerza de gobierno y tenemos que dar la cara más que nadie, o sea, decir lo que sabemos, explicar por qué no sabemos lo que deberíamos saber y, en definitiva, dejar bien evidentes nuestros logros, nuestros límites, nuestras certidumbres, nuestros interrogantes, nuestros legítimos orgullos y nuestros pesares. Esto es, a mi entender, dar la cara.

Pero dar la cara significa también plantar cara, es decir, no situarse sistemáticamente a la defensiva, no ceder ante cualquier provocación, no plegarse a los chantajes y no callar cuando se pueda y se deba hablar. En definitiva, todos sabemos cuáles son los intereses que se están moviendo en forma de acosos y presiones y no tenemos por qué estar a remolque de ellos.

Dicho esto, dar la cara significa contestar las preguntas que tanta gente se hace. Y la primera de todas es cómo es posible que hayan ocurrido estos casos de corrupción y que nos hayan cogido desprevenidos. ¿Faltaban instrumentos legales, por ejemplo? Es posible, pero la verdad es que desde el punto de vista legal las medidas ya tomadas son importantes, y no hay muchos países que tengan tantos controles legales como nosotros sobre las actividades y los patrimonios de los cargos políticos. Pero es evidente que, como se ha demostrado, estos controles pueden ser burlados y por consiguiente hay que reforzarlos. Esto es lo que se ha intentado hacer en las últimas semanas con cierta contundencia.

Pero ésta es una parte de la cuestión, y las ciudadanas y los ciudadanos se hacen otras preguntas. Por ejemplo, se preguntan si ha habido pasividad o falta de reflejos por parte del Gobierno y del partido socialista.

Yo creo que la respuesta es que sí, que nos han faltado reflejos, pero esto no significa ni connivencia, ni impulso, ni aceptación de lo que ha ocurrido. Y digo que la respuesta es que sí por algunas razones profundas que raramente se tienen en consideración.

Una de estas razones es lo que yo llamaría el *síndrome de interinidad* del socialismo en España. Me refiero con ello a la sensación, muy extendida entre los dirigentes del partido y del Gobierno, de estar ocupando interinamente un espacio que la derecha ha considerado siempre suyo, como su espacio exclusivo e intocable. Que la derecha española pensaba y piensa esto es evidente. Pero en el interior del PSOE esto condujo a una concepción muy defensiva, porque se entendía que la derecha jamás aceptaría ni perdonaría la victoria socialista, y, dado que tardaría tiempo en recuperar el poder por la vía democrática, iba a hacer todo lo posible por derrotar al PSOE por otras vías, entre ellas el acoso personal y las acusaciones generalizadas de corrupción. A los pocos meses de la toma de posesión del primer Gobierno socialista de la historia de España ya se empezó a hablar del llamado *escándalo Flick*, y aquello confirmó todos los temores. Por eso, cuando se denunció el caso de Juan Guerra la primera reacción fue la de cerrar filas, porque se pensó que ya iban directamente a por la cabeza del Gobierno y del partido. Lo que ha venido después confirma que, en efecto, ésta es la línea de ataque principal de la derecha, pero el partido socialista, demasiado encerrado en su síndrome de interinidad, quizá no ha tenido todos los reflejos necesarios para reaccionar con rapidez y contundencia cuando las acusaciones han empezado a resultar verdaderas.

Más todavía. Cuando el PSOE se convirtió en 1982 en el primer partido de izquierda que gobernaba en solitario en toda la historia de España heredó casi intacto el aparato político-administrativo del régimen anterior. Cierto que la Constitución, la puesta en marcha de los primeros estatutos de autonomía y algunas de las principales reformas realizadas por los Gobiernos de la UCD empezaban a definir un nuevo marco, pero lo esencial provenía del pasado.

Pese a ello, el objetivo político del PSOE fue claro desde el primer momento: recuperar el enorme retraso de nuestro país en muchas cosas fundamentales y prepararlo para enfrentarse con los retos del futuro inmediato —especialmente con los de la integración europea—. Esto quería decir crear lo más rápidamente posible un Estado del bienestar equiparable al que ya tenían los países de nuestro entorno, desarrollar un amplio programa de modernización de nuestras infraestructuras, sanear nuestra economía en crisis y atraer un ahorro extranjero que compensase la escasez de nuestro ahorro interior. El resultado está a la vista: han sido años de crecimiento económico acelerado y de grandes cambios sociales, en los que se han movido ingentes masas monetarias y en las que el partido socialista —al igual que otros partidos, pero con mucha mayor dimensión— ha tenido que tomar muchas decisiones que significaban grandes inversiones y grandes desplazamientos de capital. Todo ello —insisto— con un aparato político-administrativo heredado del pasado, con una sociedad civil casi deshecha y, en todo caso, poco articulada, en la que quedaban grandes rescoldos de la vieja cultura política del clientelismo y de la influencia personal, y con un personal político al frente de todo ello nuevo y, en su inmensa mayoría, carente de experiencia.

A toro pasado es fácil decir que quizá se tenía que haber empezado reformando de arriba abajo este aparato, pero los plazos eran cortos y perentorios, y, aunque se emprendieron reformas importantes, el acento principal se puso en otras soluciones, como la de poner al frente del aparato a personas comprometidas con el proyecto político global. Es decir, se intentó superar las insuficiencias o la rigidez extrema de los mecanismos administrativos con el voluntarismo y la confianza personal, lo cual era una apuesta por la fidelidad al ideal y al compromiso político. Pero también era un riesgo en aquellas zonas del aparato estatal en las que mayores espacios de penumbra se podían producir y donde mayor era también la continuidad de las estructuras y hasta de las personas.

Esto es especialmente importante porque el único mecanismo de acción con que ha contado el partido socialista para cambiar el país ha sido, precisamente, este aparato de Estado, un aparato que no sólo era difícil de manejar en las nuevas circunstancias, sino que ha ido perdiendo fuerza operativa con el desarrollo de las autonomías, en el plano interno, y con la atribución creciente de competencias a la Unión Europea, en el externo. De hecho, este aparato del Estado se ha ido convirtiendo cada vez más en un poder entre muchos otros, nacionales e internacio-

Pasa a la **página siguiente**

CARTAS AL DIRECTOR

Los textos destinados a esta sección no deben exceder de 30 líneas mecanografiadas.
Es imprescindible que estén firmados,
y que en ellos quede constancia del domicilio, teléfono y número de DNI o pasaporte de sus autores.
EL PAÍS se reserva el derecho de publicar tales colaboraciones, así como de resumirlas o extractarlas cuando lo considere oportuno.
No se devolverán los originales no solicitados, ni se facilitará información postal o telefónica sobre ellos.

Tres respuestas a Javier Pérez Royo

Las *tres preguntas* que Javier Pérez Royo ha formulado en este periódico [el 13 de mayo] constituyen un bienintencionado monumento a la retórica política a la vez que podrían ser interpretadas como muestra de ciertas carencias patológicas de imaginación. Pérez Royo no puede imaginarse a Aznar en La Moncloa sobre todo porque, al parecer, no puede imaginarse a Felipe González fuera de allí, lo que sin duda le acerca al presidente en estos momentos de incomprensión.

Pero la imaginación de Pérez Royo parece estar limitada por buenas razones, justo aquellas que somete a la consideración de los lectores, en forma de tres preguntas. Con el fin de ilustrar al analista sobre algunas de las posibles respuestas distintas a las solas que él puede imaginar, le ofrezco tres argumentos.

En primer lugar, es posible que Aznar no haya estado modosito al sugerir que el Gobierno "había mirado para otro lado" mientras Roldán se escapaba, pero es aún más verdad que Aznar no ha hecho otra cosa que decir en voz alta y a las claras lo que piensan millones de españoles asqueados al comprobar en qué manos se había puesto a la Guardia Civil —esa institución que los socialistas "descubrieron" tan pronto como empezaron a mandar— y propensos a pensar que tal vez sea preferible suponer que estamos en manos de gente ligeramente corrupta y con tendencia al disimulo (que Roldán podía tomar las de Villadiego se sabía hasta en los conventos de clausura) que en manos de gente absolutamente incapaz. Y aquí sí que *tertium non datur*, que, por cierto, es aforismo lógico medieval aunque también lo usen los juristas.

De manera que salvo que a Pérez Royo le parezca que en la política es esencial decir lo contrario de lo que se piensa, pues no se entiende el escándalo. Y ojalá que Aznar en La Moncloa siga hablando con igual claridad.

En segundo lugar, parece creer Pérez Royo que todo lo que no sea decir amén a la política de los nacionalistas catalanes es poner en peligro el sistema. Estamos listos con esta clase de sugerencias. La democracia está hecha para discutir y si para que los nacionalistas estén en el sistema hay que traicionar los principios de la democracia, aceptando que toda argumentación sobre la estructura del Estado ha de hacerse al dictado de sus opiniones, esto se parecerá cada vez más a un *síndrome de Estocolmo* colectivo, sin nada que tenga que ver con debatir libremente los conflictos sociales (sin necesidad de suponer, por ejemplo, que haber nacido en un cierto lugar determina la opción política de cada cual). Pero a Pérez Royo, de nuevo tímido y temeroso, le parece que discrepar de los demás es sembrar vientos. Pues qué bien.

Por último, Pérez Royo le reprocha a Aznar falta de coraje político: esto me parece ser mero reflejo de comprender que el adversario no está haciendo lo que nos conviene, sino lo que a él le parece bien. Reconozco que esto es bastante nuevo, pero creo que habrá que irse acostumbrando. Y, desde luego, yo estaría tranquilo con Aznar en La Moncloa, entre otras cosas porque eso significará que los españoles hemos aprendido la primera lección importante de la democracia madura: que al político que no hace bien las cosas se le puede y se le debe despedir, porque nadie es indispensable, ni siquiera Felipe González.— **José Luis González Quirós.** Madrid.

El poder no corrompe

Pues mira por dónde yo también estoy harto de corrupción. Aunque no quisiera caer en ese lloriqueo demagógico, en eso tan original de "todos los políticos son iguales" o "todos son unos corruptos". Algo que, paradójicamente, siempre acaba siendo un argumento atenuante para los que cometen actos ilícitos. Si bien es justo reconocer las múlti-

Pasa a la **página siguiente**

JOSÉ MANUEL SÁNCHEZ RON

¿El siglo de Béatrice?

La dimensión científico-tecnológica del mundo en que vivimos es tan diversa y cambiante, tan resbaladiza, que no sabemos nunca si, encantados por paisajes de grandes bellezas y posibilidades, no estamos a un paso de asomarnos a precipicios que nos atraerán irremediablemente. No es descubrir nada apuntar que el universo de las ciencias y tecnologías biomédicas es particularmente sensible a fenómenos de este tipo.

Acabo de leer un informe que me ha estremecido. En la India, en donde la familia de una novia todavía debe pagar a la del novio, existen compañías que ofrecen pruebas de sexo a mujeres embarazadas, bajo el lema de "invierta 500 rupias ahora y ahorre 50.000 después". Un estudio llevado a cabo en 1986 en seis hospitales de Bombay reveló que de 8.000 abortos efectuados a mujeres a las que se le había realizado una amniocentesis (punción transabdominal del saco amniótico para obtener líquido amniótico, del que se pueden detectar enfermedades fetales, al igual que determinar el sexo del feto), todos menos uno eran fetos de hembras.

No se debe pensar que estas cuestiones se plantean únicamente en sociedades menos desarrolladas. En Londres se ha abierto hace poco una clínica que pretende ofrecer a parejas la posibilidad de elegir el sexo de sus descendencias. La técnica que emplea para separar el esperma *masculino* (con un cromosoma Y) del *femenino* (cromosoma X) es objeto de controversia, pero pocos dudan que pronto se desarrollará una técnica fiable de separación de esperma. Y en ese momento surgirá una situación nueva.

No es difícil, naturalmente, imaginar diferentes escenarios posibles: las inescapables, no importa que sean misteriosas, leyes de la estadística, dirán algunos, conducirán a que las preferencias de los progenitores se compensen, no alterando el "equilibrio de los sexos", o bien se producirán mecanismos autorregulatorios; abundarán más los hombres, apuntarán otros, acaso estimulados por encuestas como la que se realizó en Hungría a finales de los años setenta (el 65% de las parejas que querían tener sólo un hijo preferían que éste fuese varón; la proporción pasaba al 57% en el caso de que se planeara tener más de uno, mientras que el 87% deseaba que el primer hijo fuese varón). Y si abundan los hombres, ¿no será la sociedad del futuro más violenta, consecuencia ésta explorada literariamente por Amin Maalouf en su novela *El primer siglo después de Béatrice?*

La posibilidad de elegir es, lo sabemos muy bien, uno de los pilares sobre los que se asienta la democracia; puede elegir aquel que es libre. Pero las fronteras entre las luces y las sombras no siempre son tan nítidas como desearíamos. Elegir obliga a comparar, y esto, en el caso de los sexos, puede significar una puerta abierta a la discriminación; más concretamente, puede empeorar la situación de las niñas y mujeres en la sociedad. Planteándonos, simplemente, la cuestión de si un sexo es preferible al otro, estaremos a un paso de legitimar la discriminación sexual.

Enfrentados ante semejante perspectiva, ¿qué actitud debemos tomar? ¿Establecer restricciones al desarrollo científico, lo que es tanto como decir a la *práctica* de la ciencia? En casos como los que estoy mencionando puede, sin embargo, resultar difícil y peligroso imponer trabas, *a priori,* al contenido de la investigación científica sin correr el riesgo de afectar profundamente a su desarrollo. En las ciencias biomédicas, la distancia entre lo peligroso y lo beneficioso es pequeña y oscura.

Parece, por consiguiente, como si nos encontrásemos en la dramática situación de ser capaces de prever consecuencias indeseables de nuestras acciones, estando al mismo tiempo imposibilitados de detener esas mismas actuaciones.

Existen, no obstante, remedios. Y como en tantos otros ámbitos, el mejor pasa por el debate abierto e informado. Someter las posibilidades científico-tecnológicas de que disponemos o, prevemos, dispondremos en el futuro a una prolongada, profunda, variada y extendida discusión, social y académica. Un procedimiento éste que pasa, en primer lugar, por mejorar la educación científico-tecnológica de los ciudadanos, así como por animar, diversificar y, en nuestro país, la mayor parte de las veces, crear foros (incluido en el Parlamento) en los que tales discusiones puedan tener lugar.

Y tras el debate y el análisis hay que decidir, mediante acuerdos sociales (nacionales e internacionales), e introducir los instrumentos para que esas decisiones puedan ser llevadas a la práctica. Sin duda será difícil, acaso equívoco, decidir, pero no, en principio, más de lo que es en los casos, que nos encontramos prácticamente todos los días, en los que intervienen diversas partes (naciones incluso) con intereses encontrados. Es cierto que semejantes procedimientos de control pueden conducir a imponer condicionamientos, *a posteriori,* a la actividad científica, pero convendría recordar que, aunque la ciencia y la tecnología sean productos admirables de la inteligencia humana, de los que nuestra civilización es profundamente deudora, no son valores supremos. En el mundo que viene, la ciencia y la tecnología —muy especialmente las biomédicas— probablemente llegarán a ser, si no todopoderosas, sí enormemente capaces. Y como tal pueden constituir una extraordinaria fuente para la felicidad de la humanidad. Pero deberíamos comprometernos en primer lugar con los derechos y valores básicos humanos, sean éstos los que sean; esto es, los que la sociedad, mediante una discusión abierta, decida.

Los fundamentos éticos de la vida humana se encuentran en las fuentes humanas. El albedrío moral y ético, las opciones económicas, ecológicas, de todo tipo, en suma, son atributo de las personas, no de la ciencia ni del método científico; los beneficios de la ciencia van dirigidos a un mundo de personas, cuyo ser es —o parece ser— mucho más que la suma total de sus componentes biológicos y físicos.

José Manuel Sánchez Ron es profesor titular de Física Teórica en la Universidad Autónoma de Madrid.

El porqué de todo esto

Viene de la **página anterior**

nales, públicos y privados, entre ellos, naturalmente, muchos medios de comunicación.

Creo que éstas son algunas de las raíces de lo que ha venido después, con su grandeza y sus errores, y, desde luego, de los errores que ahora se pagan. El voluntarismo quizá permitió superar las rigideces de un control administrativo anticuado, pero con voluntarismo sólo no se puede funcionar tanto tiempo. Además, el voluntarismo y la confianza personal dejan demasiados huecos cuando están en juego tantos cambios económicos y dejan demasiados espacios libres para que el que decide traicionar la confianza lo pueda hacer amparándose en ella, como se ha visto de manera tan dramática en el *caso Roldán.*

Por eso creo que lo ocurrido en estos días es realmente un cambio fundamental. El PSOE no sólo ha emprendido seriamente una lucha a fondo contra la corrupción, no sólo ha tomado medidas legales contundentes, sino que debe salir definitivamente de su síndrome de interinidad y enfrentarse con voluntad clara, y aunque lo haga con cierto desorden, al gran desafío del momento: pasar del voluntarismo y de la relación de confianza al control reglado y a la justificación constante de la propia confianza con mecanismos más objetivos. De la capacidad de todos nosotros de afrontar esta nueva fase dependerán muchas cosas y, entre ellas, un determinado futuro de nuestro país.

Esta voluntad es especialmente importante, porque es cierto que en momentos de crisis es necesario asegurar la mayor estabilidad política posible, y hoy la estabilidad está amenazada sin que exista ninguna alternativa que asegure más estabilidad. Éste es un tema muy serio, porque cuando el PP e Izquierda Unida repiten una y otra vez que la única solución es que dimita Felipe González tenemos que llegar a la conclusión de que lo que les interesa no es dar más estabilidad al país o consolidar los signos evidentes de recuperación económica, sino quitarse de delante el único obstáculo que les cierra, a los unos (el PP), el camino del poder y, a los otros (IU), la posible y problemática ampliación de su espacio político. Su actitud es legítima, pero podemos y debemos decir que lo que les interesa no es poner en primer plano la lucha contra la corrupción, sino el uso de la corrupción como arma política; que lo que desean no es conseguir mayor estabilidad y acortar la crisis, sino lo contrario, porque con ello aumenta su capacidad de presión y se debilita más al adversario, es decir, al Gobierno y al partido socialista con la vista puesta en las próximas elecciones. Éstos son los términos de la batalla política en curso.

Algunos puntos débiles del pasado, hasta ahora no percibidos y ni siquiera sospechados, han aflorado en forma de escándalos. Pero ni éstos pueden invalidar lo hecho ni pueden ser utilizados impunemente por los adversarios para robar lo que, al cabo, es el único capital de la inmensa mayoría de los militantes: su dedicación sincera a una gran tarea colectiva, sus aciertos y hasta sus errores. Por eso hay que seguir dando la cara.

Jordi Solé Tura es diputado por el PSC-PSOE.

CARTAS AL DIRECTOR

Viene de la **página anterior**

ples contradicciones y renuncias inherentes al ejercicio del poder, ello no debería permitir que nadie se burlara de las normas con la excusa de que "hombre, como el poder corrompe, pues yo...".

No nos corrompe el poder, sino más bien la instauración en el subconsciente colectivo de que el poder corrompe a todos. Si corromperse fuese lo normal y lo lógico, si la corrupción fuera una fatalidad humana y todos los políticos iguales por definición, corromperse no sería algo ilegítimo, sino una actitud normal. Para identificar comportamientos corruptos y criminales necesitamos tener el referente de la honestidad; si no admitimos que pueda haber muchos políticos honestos, ¿cómo vamos a identificar y juzgar a los corruptos?

En momentos como el que estamos viviendo son humanamente comprensibles las reacciones de cabreo y de desconfianza ante cualquiera que posea algún miligramo del tan denostado pastel del poder. Pero ese lamento, justamente, es lo más inútil. La denuncia, en cuanto se diluye en sospecha universal, no sólo pierde toda su fuerza, sino que se vuelve contraproducente. En vez del discurso apocalíptico de algunos, prefiero el que reclama no perder el foco de los problemas concretos y controlar que la actuación sobre ellos sea intransigente. Pues no se trata de deslegitimar la democracia, sino, justo al contrario, de reforzarla sacando a la luz todos sus cánceres y posteriormente extirpándolos. Con el bisturí mucho mejor que con la aspiradora.

Por ello, y porque no desearía caer en esas generalizaciones que precisamente critico, quiero mostrar mi repulsa por este tipo de declaraciones atávicas como las que efectuaba Juan Echanove en el EL PAÍS del día 21 de abril pasado. En referencia a los políticos, afirmaba: "Sois unos completísimos hijos de mala madre, de la cabeza a los pies. Sin distinción de razas ni sexos, y, por supuesto, de ideologías. Dimitid todos, o, mejor, estáis despedidos".

No tengo nada personal contra un actor al que admiro; pero sí desearía, desde mi humilde posición, contrarrestar públicamente el discurso fácil de la demagogia. Aquellos cuyo supuesto nivel intelectual les permite tener cierta capacidad de relativización, uno de los bienes más preciosos que nos ofrece el poseer cultura (democrática), tendrían la obligación de promover un discurso más sereno. Y, a la vez, mucho más radical, no en la forma, sino en la voluntad de obtener los fines que persigue. Un discurso que esté más a la altura del fin de los absolutismos intelectuales y de los totalitarismos ideológicos que hoy todos nos apresuramos a proclamar.— **Martí Abril Ollé.** Londres.

Héroes en silencio

No sé si existe Dios, pero, si alguna vez me decido a buscarlo, no lo haré ni bajo la cúpula de las catedrales ni en los despachos alfombrados de palacios episcopales o sus equivalentes de otros credos. Iré, eso sí, a admirar el arte y la belleza que esos lugares encierran, pero a Dios no lo buscaré ahí, sino junto a las misioneras y misioneros *perdidos* en la selva. Perdidos con los más débiles, con los que más sufren; con los que no son *rubios* ni *condes,* sino negros y humildes. Ellos no entienden de *pelotazos* ni corrupciones; ellos son el paradigma del amor a los demás, la solidaridad y el heroísmo. A vosotras y vosotros, misioneros, cualquiera que sea la forma en que entendéis a Dios, gracias, porque dignificáis al ser humano. Si alguna vez me decido a buscar a Dios, me *perderé* con vosotros para encontrarlo. — **Pedro Punzón Punzón.** Madrid.